

Colación de Grados
Graduado
Facundo Matias Villega

Señor Rector,
Señor Decano,
Autoridades académicas,
Estimados profesores, familias y compañeros graduados:

Hoy nos encontramos reunidos en este acto porque un proceso que iniciamos hace años se cristalizó y nos convocó a compartir este momento.

Es un honor y una responsabilidad haber sido elegido para tomar la palabra en nombre de los graduados presentes que, proviniendo de carreras y recorridos distintos, confluimos hoy a celebrar algo que nos costó y que, al materializarse, abre un nuevo capítulo para cada uno.

Lo que sigue lo digo pensando en quienes están en esta sala esta noche, y también en quienes ya no están, pero hicieron posible que estuviéramos acá.

Este momento es el producto de un desarrollo intelectual, espiritual y material sostenido en el tiempo, forjado en una disciplina que implicó renunciar, voluntariamente, al mundo que seguía su curso.

Ese esfuerzo, sin embargo, no fue solo nuestro. Detrás de cada uno de nosotros hubo familias que acompañaron este proceso, desde el sostén económico hasta el ánimo en los momentos difíciles. Algunos están esta noche en esta sala. Otros ya no están, pero su presencia se siente en cada uno de nosotros. Esta noche les pertenece también a ellos.

Porque este proceso no se dio en el vacío. Se dio en comunidad, inserto en una sociedad que también nos fue formando.

Fue en ese contacto con el mundo y con sus preguntas que el conocimiento nos fue mostrando algo paradójico: cuanto más aprendíamos, más evidente se hacía la vastedad de lo que ignoramos.

Esa humildad se desarrolla a partir de la conciencia de nuestros propios límites. Lejos de paralizarnos, nos afianza en el camino de estudiar, razonar y consolidar pensamientos. Es, para quienes así lo experimentamos, una de las puertas que nos abre algo que excede nuestra comprensión.

Hubo momentos en este recorrido donde el camino se oscureció y el rumbo se perdió. Y fue ahí donde Dios, unidad indivisible y creadora del universo, sostuvo desde adentro lo que la voluntad propia no alcanzaba.

Esa fe es también el motor del progreso interior. Y es desde ese progreso que entiendo la virtud, no como una obligación que se impone desde afuera, sino como algo que se forja en el silencio y en la decisión cotidiana de ser mejores. Algo que requiere un ancla, y que esta universidad resume en su propio lema: ciencia a la mente, virtud al corazón.

Fue en esta universidad donde esos principios se consolidaron, donde la vida académica, demostró que sin obstáculos innecesarios el alumno que cumple su parte tiene un solo rol: estudiar.

En ese recorrido hubo quienes, más allá de compartir una cursada, abrieron intercambios genuinos sobre las temáticas que estudiábamos. Cuando eso ocurre, agrega algo que ninguna materia puede enseñar.

En esa misma línea, hubo profesores que dejaron una marca que excede el contenido de sus materias. Profesores cuyo propio recorrido intelectual y personal fue, en sí mismo, una lección. El ejemplo de alguien que construyó su camino con consciencia y convicción se gana un respeto que va más allá de la cursada.

Esa integridad en el recorrido no es un valor nuevo para nosotros como argentinos. Hace apenas dos días conmemoramos el 25 de mayo de 1810, un movimiento estratégico de personas que supieron leer el momento geopolítico, identificar la oportunidad y actuar con determinación cuando las condiciones lo permitieron. Lo que vino después no estuvo exento de errores ni de desvíos, y lo que hoy recibimos es un país complejo, con sus contradicciones y sus deudas pendientes. Y es en ese contexto donde lo que obtuvimos cobra un sentido que excede lo personal y se proyecta desde los valores que nos sostienen hacia la sociedad que nos forma.

Desde la misma convicción de quienes actuaron en aquel momento, en cada generación hay quienes deciden que su desarrollo trasciende lo profesional y lo material. El objetivo es el crecimiento intelectual, profesional y espiritual, más allá de este título.

La esperanza no se proclama. Se construye en el desarrollo cotidiano de cada uno, en las decisiones que tomamos con el título que hoy recibimos y la formación que construimos a lo largo de estos años.

El mundo que nos recibe es incierto y muchas veces hostil. Pero quienes encontraron en Dios un ancla saben que esa adversidad no define el destino. Lo define la acción virtuosa orientada a la verdad.

Lo que hoy cierra no es un punto final. Este recorrido, con todo lo que implicó, apunta inequívocamente hacia el futuro.

Por Dios y por la patria. Muchas gracias.